

EL ÁNGEL, LA MUSA Y EL DUENDE:
TRES VOCES POÉTICAS

«PUBLICACIONS DE LA RESIDÈNCIA D'INVESTIGADORS»

EL ÁNGEL, LA MUSA Y EL DUENDE: TRES VOCES POÉTICAS



Marga Clark
María Elena Martínez Abascal
Mariana Colomer

Coordinador
VALENTÍ GÓMEZ I OLIVER

Residència d'Investigadors
CSIC-Generalitat de Catalunya

Barcelona, 2015

**Consorcio de la Residencia de Investigadores
CSIC-Generalitat de Catalunya**

Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC):

EMILIO LORA-TAMAYO D'OCÓN

Conseller d'Economia i Coneixement de la Generalitat de Catalunya:

ANDREU MAS-COLELL

Consejo de Gobierno

Presidente del Consorcio: EMILIO LORA-TAMAYO D'OCÓN
(Presidente del CSIC)

Director: FRANCESC FARRÉ I RIUS

Director científico-cultural: LUIS CALVO CALVO

Vocales:

JOSEP M. MARTORELL RODON (Director General de Recerca.
Departament d'Economia i Coneixement. Generalitat de Catalunya)
IOLANDA FONT DE RUBINAT (Subdirectora General de Recerca. Depar-
tament d'Economia i Coneixement. Generalitat de Catalunya)
LUIS CALVO CALVO (Coordinador Institucional
del CSIC en Cataluña)

© DE LAS AUTORAS

Primera edición: noviembre de 2013

Impresión: Alta Fulla · Taller

D. L. B 27711-2013

Sumario

MARGA CLARK

*La musa, el ángel y el duende. Inspiración, revelación
y misterio* 9

MARÍA ELENA MARTÍNEZ ABASCAL

Ángel, musa y duende. La poesía de la transformación 25

MARIANA COLOMER

*Ángel, musa y duende. La palabra poética como un don
de lo alto* 37

Presentación

«Todas las artes, y aun los países, tienen capacidad de duende, de ángel y de musa, y así como Alemania tiene, con excepciones, musa, e Italia tiene permanentemente ángel, España está en todos tiempos movida por el duende, como país de música y danza milenarias, donde el duende exprime limones de madrugada, y como país de muerte, como país abierto a la muerte».

Este fragmento forma parte de una de las más bellas conferencias pronunciadas por el poeta Federico García Lorca (en Cuba, 1930). Conferencia en la que el autor define al duende como «un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar», y lo contrapone al arte que puede tener la capacidad de ser visitado por el ángel, o de vez en cuando incorporar a la musa. Por el contrario, España, escribe Lorca, «está siempre movida por el duende». Duende que tiene que ver con el espíritu, con lo indecible, con lo inefable, con algo casi divino que se despierta «en las últimas habitaciones de la sangre». Nos puede llegar a evocar el «artista enduendado», incluso, por su gran sensibilidad ctónica, a la figura de la chamana o del chamán.

Esta triple concatenación anímica de «ángel, musa y duende» —elementos que de alguna manera han de “visitar” la oficina de todo creador y hacerse visibles en su obra— es la que nos sugirió la posibilidad de celebrar una jornada de lecturas poéticas en la Residencia de Investigadores, lecturas que ahora se recogen en esta publicación que congrega a tres excelentes poetas al servicio —cada una a su manera y modo— de estos tres grandes elementos de vocación demiúrgica, al referirnos a la creación.

¡De quién es más fiel devota cada una de ellas se puede descubrir en cada uno de sus escritos!

VALENTÍ GÓMEZ I OLIVER
Coordinador

LA MUSA, EL ÁNGEL Y EL DUENDE

Inspiración, revelación y misterio

MARGA CLARK



Tú que eras la luz ya apenas te oigo.

Ángel y musa vienen de fuera; el ángel da luces y la musa da formas... En cambio, el duende hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre.

FEDERICO GARCÍA LORCA
Teoría y juego del duende

Hay dos palabras que me vienen a la mente de inmediato cuando pienso en la creación poética. La primera es *invisibilidad* y la segunda, *misterio*.

El escritor Lewis Carrol dijo: «Quisiera ver de qué color es la luz de una vela cuando está apagada», y esto capta a la perfección la esencia de lo que, para mí, es la poesía: trascender la realidad y establecer un diálogo con lo invisible. Y así lo han expresado muchos grandes poetas, como Rilke, cuando dijo: «¿Cómo soportar lo visible si no es haciendo de ello el lenguaje de la ausencia de lo invisible?» Así mismo, Antonio Gamoneda afirmó cuando presentó hace años mi poemario *Del sentir invisible*: «Es en la invisibilidad donde se engendra la visión». Y es precisamente en estos caminos quiméricos de lo invisible por donde siempre ha deambulado toda mi obra artística y literaria.

Siempre he pensado que la poesía es la llave que abre la puerta del mundo de los grandes misterios. Llave que, en mi caso particular, es una aleación de elementos oníricos e intuitivos forjados con el metal noble y recóndito de la inspiración. José Ángel Valente dijo: «el poeta lleva la palabra hasta el límite, allí donde conserva la fascinación por el enigma». Y es que lo desconocido debe ser revelado. Muchos poetas escriben a través de sus heridas, pero otros escribimos para ponernos en contacto con nuestro yo más íntimo y verdadero, con nuestra propia esencia. El poeta emprende un viaje hacia lo más profundo de su ser y la poesía es la luz que ilumina

na esa búsqueda, convirtiéndose así en una vía de conocimiento, no sólo de uno mismo, sino de todo lo oculto, de todo aquello que va más allá de la simple apariencia de las cosas. Y es aquí, en estas habitaciones recónditas de la sangre (como diría Lorca), habitadas por las musas, los ángeles y los duendes, donde se origina la creación. Por eso, si osara definir algo tan indefinible como es la poesía diría que es el alma en busca de los misterios. Porque, para mí, la poesía son momentos anímicos que me van iluminando el camino para poder ver todo aquello que se esconde a la mirada, y mis poemarios son mis guías que me dirigen certeramente hacia el gran misterio de la vida, que es la muerte.

Yo no sé con certeza si en la soledad de la escritura poética me asisten las musas, los ángeles o los duendes, más bien pienso que es el abandono de todos ellos lo que me provoca a escribir el poema. Sin embargo, en la bella conferencia titulada *Teoría y juego del duende*, que impartió en Cuba, en 1920, Federico García Lorca explica cómo en un concurso de baile en Jerez de la Frontera se llevó el premio una vieja de ochenta años, que competía contra hermosas mujeres, por el solo hecho de levantar los brazos, erguir la cabeza y dar un golpe con el pie sobre el tablado, y acaba diciendo el poeta: «...Pero en la reunión de musas y de ángeles que había allí... tenía que ganar y ganó aquel duende moribundo que arrastraba por el suelo sus alas de cuchillos oxidados.» Quien sabe cuántas veces habrá resurgido de mi fondo ese duende “oscuro, estremecido” y deslumbrante, para ayudarme a salir victoriosa de alguna que otra batalla existencial.

Y ahora comenzaré un pequeño recorrido de mis últimos tres poemarios:

En *El olor de tu nombre*, la Musa me insufló con la “esencia” de mi tía, Marga Gil Roësset.

En *Luzernario*, el Ángel batió sus alas para resurgir de la oscuridad a la luz.

En *Olvidada de mí*, el Duende me arrastró con su magia para presentarme a la muerte.

EL OLOR DE TU NOMBRE, dedicado a la memoria de una gran artista y creadora, mi tía, Marga Gil Roësset (1908-1932), escultora y dibujante de una fuerza y un talento extraordinarios que en 1932, tras destruir la mayor parte de su obra, se quitó la vida, con sólo 24 años, por un amor que ella consideró imposible hacia el poeta Juan Ramón Jiménez. A través de los poemas establezco un íntimo diálogo con esa ausencia tan presente en mi vida, integrando fragmentos del diario que escribió durante el último mes de su vida.

Con tus dedos polvorientos rozaste lo indecible.
Extrajiste el ingenio de la arcilla,
la pureza del yeso y la caliza.
Esculpiste en la piedra su cisura
para atisbar en su corte los cimientos.
Tallaste el enigma del lento amanecer.
Robaste al sueño su desvelo
para moldear la transparencia.
Arrancaste del mármol su irisada nobleza
y del herrumbroso fósil la raíz.

Hoy tu rictus es polvo del granito.

*

Tus manos labraban fondos,
entrañas sin nombre, sin alma, sin destino.
Con tu buril quebraste las palabras en añicos.
Y aunque no hubo muertes, oía a llanto.
Sé que el sentimiento fue tu único testigo.

*

Tiritan de frío los recuerdos.
Has de partir.

Recogiste de la vida el sufrimiento
y del amor el sacrificio
o el despecho.

*

El tiempo ya se habrá marchado cuando tú regreses,
desilusionado y triste de tanto esperar.
Desapareciste más allá del rincón de la muerte
más allá del color de los sueños.
Y no te puedo encontrar.

¡Cómo se quema la vida
sin tu aliento!

*

Atravesabas parajes sinuosos y oscuros.
Arrastrabas tu dolor
como un sueño malherido.
Todavía lloro
tu desdichada caída al vacío.

Tú,
que eras la luz
ya apenas te oigo.

*

Dime por qué te fuiste una mañana turbia
envuelta en la niebla de tu desaliento.
Por qué lanzaste tu sinrazón
al pozo de la desesperanza

Cómo recrear tu luz
Cómo soportar tu ausencia

Te busco en la intemperie de mi sentir desolado
pero sólo oigo el palpito de la alondra
y el arándano.

El olor de tu nombre, Huerga y Fierro, 2007.

LUZERNARIO es un viaje hacia el interior del vacío donde la luz y la oscuridad se abrazan para crear la transparencia. A mí me gusta pensar que la hebra que une no sólo mi poesía sino toda mi obra creativa es una luz que a veces es penumbra y otras oscuridad. Y este poemario se compone precisamente de estas dos partes: *Luminosa oscuridad* y *oscura luminosidad*. A medida que voy avanzando en esta andadura mía poética me gustaría desnudar cada vez más a la palabra, despojarla de su significado, para que actúe como un mantra que me vaya conduciendo más directamente a la esencia de las cosas.

El silencio es inacabable
como el espacio entre los versos
de un poema
como el espacio entre las palabras
de un verso
como el espacio entre las letras
de una palabra
como el espacio entre la agonía
y la muerte.

*

Regresa a la luminosa oscuridad
del silencio
allí te encontrarás
hecho palabra.

*

He conseguido olvidar
las cosas que se nombran.
Lo que me espera
no existe.

*

Ahora que abandonas tu cuerpo
en el herrumbroso tálamo del olvido
que resurges
de la tumba maniatada del deseo
que te liberas
de la noche y de la palabra.
Ahora
vislumbrarás
la insondable ternura
del íride
y la luciérnaga.

*

Me dijeron que el silencio era más denso
que la muerte
pero al cruzar el umbral
escuché el temblor de la palabra.

*

Algo caía hacia adentro
lo reconocí al instante
era invisible
e innombrable.

*

Escuchaste mis versos
en la oscura luminosidad
del sueño
los escondiste bien amarrados
en tu pecho
no te los fuera a robar
el alba.

*

Deshoja la blancura de la rosa
revélanos su luz
su ardiente arrobo.

Arranca el antifaz de la mirada
arráncalo del alma.

*

Era un sueño
no, era un pájaro que volaba con mis sueños
no, era yo que volaba en mi sueño
no, era el sueño que me abandonaba
no, era yo que escapaba del sueño
no, era yo que huía de mí
no, era yo
no era
NO.

Luzernario, Huerga y Fierro, 2012.

En *OLVIDADA DE MÍ*, establezco un íntimo diálogo con la muerte. Tiene dos partes: *El llanto de las algas* y *El despertar malva*. Los poemas reflexionan sobre cómo el ser humano puede atisbar algo tan esencial y verdadero como es la muerte sin, a la vez, situarse a su mismo nivel de verdad y de transparencia. No se visita a la muerte con caretas ni disfraces, sino en la más íntima desnudez, en nuestro más lúcido olvido de nosotros mismos.

Olvidarme para perderme
perderme para buscarme
buscarme para volver
a encontrarme

*

Desde la muerte sombría
atisbo mi envoltura
desgarrada

huyendo de mí
de mi huella
de mi piel

despojada de mi entraña
las cicatrices expuestas
a la fría intemperie
del improbable
amanecer.

Esa soy yo
la que no está
la que no es
la que no siente
la que se enfrenta a su muerte
sin recelo o resquemor.

Esa soy yo
no la otra lúgubre y oscura
que me persigue
ensimismada
como una mancha
adherida a mi talón

como un borrón
que se extiende en el pliego
de mi acontecer
para esconder el olvido.

Esa soy yo
la que habla sin palabras
para romper el silencio
la que nombra lo innombrable
para no mentir
la que inventa a la otra

la impostora que falsea
lo que mira
lo que escucha
lo que siente
la que enreda
la que aparenta
la que embauca
la otra

que miente
para ser feliz
quizá también
para no morir
para sencillamente ser
sobrevivir.

Esa soy yo
la olvidada de mí
la otra.

*

La noche en que te perdí
vislumbré a la muerte

su mano helada
estranguló tu indefensa
y aún tibia garganta
y se precipitó
por la puerta entreabierta
de tu alma.

Aún pienso en la muerte
la tenía tan cerca
al alcance de mi mano
pero se escapó sigilosa
dejando su hálito derramado
en tus sábanas de anémonas
manchadas.

Aún pienso en la muerte
tan perversa
en su anunciado silencio
tan bella
en su transparencia.

Me mintió la muerte
me prometió vida
a cambio de dolor

y ahora
cuando ya he borrado
con mi llanto
tu imagen tatuada en mi mente
cuando intento recordar
tu nombre
y tu armonía
sólo pienso en ella

la muerte

la infame
la seductora
la furtiva

la que nos sorprendió
en la noche
la que nos abandonó
en lo más blanco del día.

*

Hoy la muerte me cogió desprevenida
se deslizó por mi boca entreabierta
buscando mi hálito exhausto.

Me escondí en mi sueño
de cigarras y abedules
en un vano intento por eludir
mi destino

pero ella me ofreció sus brazos
azabaches
y me oprimió en su gélido
regazo.

Atisbé por un instante
su magnética espesura
y sucumbí en mi sueño.
Cómo iba a rechazarte
Oh muerte!

Cómo iba a despertar
sin tu infalible consuelo
sin tu abnegado silencio
sin tu constante desvelo.

Hoy la muerte me acogió
en mi sueño.

*

La vida se suicida en un instante.

Un tiro en la sien
desangra su rostro
entumecido
me abandona
cruel y despiadada
en la noche fría.

Quisiera olvidarme
de mi arrogancia
correr tras ella
suplicarle
rogarle clemencia

pero la humillación me hunde
en la vergüenza
muestra mi cobardía
escondida
tras la coraza victoriosa
del triunfador vencido.

La vida se suicida
me abandona

es la justa venganza
por mi traición
mi indiferencia
mi desconfianza

huye inexorable
en lo tenue de la noche
su velo empapado
por las lágrimas del desamor.

Oh vida, no me abandones
escucha mi despertar malva
mi sentir apasionado
en las noches púrpuras
del ocaso.

Escucha mi palpito adormecido
en la impía madrugada
de tu despedida.

Escúchame
Oh vida

mi compañera
mi amante
mi enamorada.

Enterraste tu grito en el exilio
para no despertar a tu sombra

tu rival más temido.

Olvidada de mí, Huerga y Fierro, 2014

ÁNGEL, MUSA Y DUENDE

La poesía de la transformación

MARÍA ELENA MARTÍNEZ ABASCAL



Grabado de Huang Bingyi.

La poesía es el germen del misterio, es llamada, encuentro y metamorfosis, nace del movimiento, de una necesidad de encaminarse que sacude el espíritu y desnuda la mirada para resucitar en una transformación. El amor o el sueño se apoderan de la voz, en una experiencia que nos desdobra, nos conduce a un ámbito mítico, donde el espacio, el “claro del bosque” del que habla María Zambrano, es el umbral que revela los latidos silenciosos del espíritu.

QUIETUD Y MAREA

Gruta de amor, enhebrada, piedra a piedra,
desde el profundo y cristalino seno.

El amor sueña, inmóvil, anhelante,
envuelto en algas enmudecidas,
palabras petrificadas reposan
en los brazos amargos del silencio.

El mar yace solitario, envuelto
por las gaviotas. Sus alas esparcen
el viento, mueven las horas, los minutos,
enredados en la fuerza de sus manos.

La tierra aguarda, piedra y azul,
como una gota estática;
enmohecidos los dedos, las venas,
grutas de sueño en espera.

Allá, en lo profundo, la piedra se agita.
Embravecida por las olas, araña
los instantes, los mece
y arrebatada, forjando en su memoria
la silueta de un hombre.

Se desprende la carne de sus dedos
adormecidos, violentados por la corriente;
formas súbitas, gritos que enmudecen
la tarde y tiñen de un rojo violento.

Un muñón gris recorta el horizonte,
hiende el infinito.
Su perfil cristalino
traspasa el espacio,
abriendo la voz
de par en par, la carne
enmudecida.¹

La poesía es construcción del ser; piedra que emerge desde un acantilado eterno. Es movimiento del mar, de las ramas, de la naturaleza, pero, a la vez, detención, cristalización, iluminación estática que se consume en una llama. Es onda, eco que llama a la humanidad, que la arrastra desde los abismos de soledad informe, de la profundidad sorda que devora el bello perfil del espíritu.

MÁSCARA DEL TIEMPO

Las calles esperaban desiertas,
el viento llamaba,
y un sordo silencio caía
desde árboles sin esperanza.

1. Martínez Abascal, María Elena, *La simetría del silencio*, Torremozas, Madrid, 2008.

Un tañido de nostalgia pesaba
sobre cada losa fría,
indiferente y blanca,
un mármol de silencio
árido, como una tumba de máscaras.

Todas ellas aguardaban, rostros
doloridos, avejentados,
consumidos por la lluvia,
disolviéndose sus aristas
en piedra corroída y amarga.

Una soledad abisal, densa,
rodeaba los cuerpos, miradas
vidriosas, enredadas en algas,
buscando, reclamando,
su perdida forma

Desde los abismos
las calles desérticas escuchan
el quejido insistente del viento.
Mármol, soledad y máscara.²

La palabra del poeta, el germen espiritual, arrastra ese rostro sin humanidad, hueco, en el que el vacío ha devorado la huella que conforma y delinea al hombre: su propio ser espiritual, desdoblado en sí mismo como Narciso, de cuyo mito nos dice José Ángel Valente que «ve en la fuente aquello que de sí mismo sus propios ojos no pueden ver, y así genera el uno, por la imagen, al otro de sí»³.

2. De *La simetría del silencio*.

3. Valente, José Ángel, *Variaciones sobre el pájaro y la red*, Tusquets, Barcelona, 1991.

Esa imagen inmóvil que arde en el espejo,
que me mira, se mueve, finge, clama,
extendiendo las manos,
bebiendo mi cuerpo absorto y desnudo
ante su blanco vacío de espinas.

Esa imagen de fuego, en la que arde mi ser,
penetra en cada espacio
en cada poro de luz desierto.

Ese abismo sin eco
donde ruedan mis ojos,
mi sangre derrotada, es la luz
que traspasa mi voz,
el cristal detenido de mis sueños.⁴

El espejo, las aguas, son el umbral mediador entre la palabra y su silencio; el gozne sobre el que gira el completo sentido del ser. Hay un encaminarse, un deambular de la mirada en el que participa todo el espíritu para iniciar el alumbramiento. Una herida, “un puñal”, atraviesa la hondura desde la quietud cristalina, que revela la desnuda mirada del mundo, su transparencia.

Hay una sombra,
una herida del viento,
un puñal de agua que horada el silencio,
una mirada de luz descarnada
embatiendo tu cuerpo, arrasado
por la voz de las olas.

4. Martínez Abascal, María Elena, *Cuerpos traslúcidos*, Torremozas, Madrid, 2010.

Hay un acorde que se alza
desde la transparencia,
desde los átomos inquietos del aire.

Tus ojos se sumergen
en esa música, en ese latido
sin tacto ni forma,
bajo la huella vacía
en la que arden tus pasos.⁵

En ese camino hay una detención repentina, un paralizarse del ser en el todo, vueltos los ojos al interior, creándose la brusca aparición del verbo. El ser se funde, como las alas del pájaro, con el firmamento, vuela con la transparencia, porque es latido y aire, canto y luz. Y en ese éxtasis de la visión, el ser muere para renacer en el silencio vegetal de la palabra.

PÉNDULO

El cuerpo gris del viento,
la herida de la tierra,
el paso de la sombra derrotada en arena,
arrastraban el vientre de la noche.

Paralizada la carne, sesgada,
abierta en dos,
reclamaba las manos del viento,
el hálito encendido de las olas,
el frescor apagado de la noche.
Una muerte serena encerraba
al cuerpo entre crisálidas de luz,
entre rectangulares espacios

5. De *Cuerpos traslúcidos*.

chocando, dispersándose,
huyendo.

Fatigada la sombra
encendía las manos,
alzadas para asir
el frágil muro del verbo.⁶

El instante, inundado por lo absoluto, es también momento de desesperación, de soledad agónica que busca la unión y el sentido último de la misma. Momento de videncia que gira como un grito, como el desgarrar de la palabra fluyendo del vientre, del hueco silencioso que la amparó.

He visto el alma en el hueco de mis manos, en un recodo de piel,
en la diminuta huella de la voz; rota, sin alas, desesperada;
rasgada por el grito vacío de la noche.
He visto mi alma, su hueco en flor, arrullada por el quejido del
viento.
Palabras encendidas,
brotando de sus manos pálidas.⁷

En esa detención del tiempo, que es también movimiento rítmico, marea en la que crece el tono y medida del poema, el espíritu se reconoce, crece en su transformación, elevándose, avanzando en el sentido último de la palabra. Es la latitud del alma, el cristalino momento en el que el ser surge, vibrando entre sus alas.

Quebrada el alma por el divino azar, como un lirio prendido en la silenciosa mirada de la tarde, el espejo de las horas se cubre de una escarcha infinita, desprendida del pulso de lo humano.⁸

6. De *Cuerpos traslúcidos*.

7. Poema inédito de la autora.

8. *Ibid.*

Es un momento de amor, el tiempo y el lugar más propicio, lejos de todo murmullo, de todo aliento, blanca silueta que cubre la experiencia como un manto ocre, luz presente del recuerdo.

El tiempo se extravía en caminos cristalinos, agua y luz envuelven el vértice de la imagen, la herida de la memoria, y las palabras brotan como la silueta del barro, del límite confuso que la cubre.

Un ángulo, una luz, un color rompen el vaivén del agua, hienden un surco plateado, donde se dibuja el sueño.

Una forma incipiente rasga el aire, abre una herida. Las imágenes manan, forman surtidores, ecos de luz en los que se alberga el aroma, la figura movediza del silencio.

En un cristal cae la mirada; túneles del ser que el cuerpo forja, moldea, en arena fina, en barro silencioso.

Los ojos persiguen el fluir del aire, el movimiento desordenado de seres y cosas.

Carne y barro,
arena y tiempo.⁹

La voz del poeta es verso y memoria, una piedra que cae y expande su timbre en el perfil de imágenes que cubren el sueño; es el tacto con el que palpamos la infinitud y límite del ser que se dibuja a través de su identidad y sus experiencias.

Esa voz más profunda que escuchamos es la raíz misma de la poesía, el origen en el que se reúnen todas las voces que amamos y que conforman nuestro propio acento, tonalidad; aquella que nos llama, como a Lázaro, para despertarnos en los umbrales del sueño y de la vida.

Escuchar un poema es escuchar la voz de la memoria.

9. Poema inédito de la autora.

TRANSPARENCIA

No eres tú,
es la luz, la figura invisible
de tus labios.

Es tu piel,
el fulgor que desdobra la carne,
el cincel imposible
que despierta la forma,
la transparencia infinita
que anida en tus ojos.¹⁰

Desde la herida amorosa de la memoria, la luz inunda el instante, tiempo dilatado en el presente. Plenitud de vida, que encendida en la visión, es fruto dulce inundando la mirada, el tacto, el oído... para apoderarse de la vida como una marea inevitable que anega entre sus brazos el sentido último de la realidad, descubriéndonos otra orilla.

ESPACIO

Este fuego penetra
y renace en mi ser,
es cáliz que se eleva entre las olas,
verbo de luz, abierto como un fruto
en la hondura sin voz,
en los párpados blancos de la noche.

Esta luz enhebrada en los segundos,
en la tiniebla dormida de mis huellas,
tiembla en mis manos, abre su piel,
para ofrecerme el tacto
del espacio apagado, denso, quieto,

10. De *Cuerpos traslúcidos*.

en el silencio hambriento
de su penumbra.¹¹

En ese descenso del que surge la creación, la mirada se interna en la visión, en su fruto incandescente, que sacia la sed en su fuego. Como las alas del ave fénix el ser remonta en el éxtasis, en la vida renovada tras la experiencia. El verbo es escultura inacabada, torso que hiere el horizonte y se alza, rozando el infinito. El poema acoge en su universo a poeta y lector, y en su vientre fecundado, el espíritu renace, despertando del peso de las sombras.

Los diminutos frutos
ocultos en las sombras
me ofrecen su caricia.

Mi sed nunca se apaga
sí bebo de su tacto.

La luz dormida en su frágil semilla
resplandece en mis ojos,
traspasa los recuerdos,
alienta la silueta de mis párpados.¹²

Creación y lectura de un poema forman parte de un mismo ciclo, de un crepúsculo y un amanecer que se suceden cada vez que nos internamos en el palpito cristalino del verbo. Es la blancura que nos acoge y nos hermana, densa e impalpable, como el hondo espacio de una página.

11. De *Cuerpos traslúcidos*.

12. *Ibid.*

Duerme el filo del aire bañado por la luz cristalina, que acoge una
blanca quietud.

Imágenes acuden,
ciegan como una escarcha
la perdida silueta.

El último latido
de la tarde.¹³

13. Poema inédito de la autora.

ÁNGEL, MUSA Y DUENDE
La palabra poética como un don de lo alto

MARIANA COLOMER



Rafael.

Hay muchas clases de poetas, entre ellos están quienes confían en su ingenio y escriben cuando se lo proponen, y los que reciben la palabra como un don de lo Alto. Voy a centrarme en este último grupo, no sin antes referirme a su verdadera vocación, y para ello tomaré como punto de partida el Antiguo Testamento, *Libro de Isaías*, capítulo sexto, cuando el profeta, después de tener la visión de Dios sentado en un trono altísimo rodeado de serafines, siente tal asombro ante lo contemplado que dice ser un hombre de labios impuros en medio de un pueblo también de labios impuros. A continuación, se le acerca un serafín con un carbón encendido del altar de las celebraciones, y le purifica con él los labios. Será a partir de este momento que, ya renovado, podrá escuchar la voz de Dios que dice: «A quién enviaré», y él le contesta: «Envíame».

Este poeta que recibe la palabra como un don de lo Alto, es un instrumento singular en manos de Dios, el verdadero Creador.

A este poeta se le pide una especial actitud interior para que pueda acoger esta palabra, palabra que en otro momento Isaías dirá que es «como fuego en los huesos y a la que no puede resistirse».

Es necesario que pida sin cesar un corazón puro porque sólo así podrá ver y escuchar lo que permanece oculto a quienes sólo se asientan en las realidades mundanas.

Deberá perseguir la autenticidad de vida, ser fiel a la Verdad con mayúscula, que se le revela, y escribir al margen de cualquier condicionamiento externo a lo espiritual, como puedan ser, entre otros, el afán de prestigio o el mercantilista.

La vocación del poeta, como la de Isaías, es una vocación de amor.

CRÓNICAS DE ALTANERÍA (1999; 2003)

DE LAS RAZONES DEL HALCÓN

I

Tus ojos no se cansan de contemplar mi ascenso,
y es que tu voluntad no tiene límites,
ni tampoco mis alas.
Me alejo de tu mano fragante de ternura,
y el silencio se vuelve anémona en tu gesto.
No sabes con certeza si escogeré tu voz
o el sabor de la altura, y aun así
me dejas libre y te amo.
Prefieres que me pierda en la belleza
a sentirme sumisa.

II

Y lastimé mis alas
en deslumbrado vuelo a la hermosura.
Y herida me recibes
en la buena acogida de tus ojos.
No faltan en tus manos
agua rosada, hierba golondrina,
vino cocido con incienso y mirra.
Para mis llagas, ungüento de lirio,
pez luciente, almáciga...
Pero cuesta partir.

III

Siempre seré tu comensal
en el banquete
en donde compartimos la belleza.
Yo la busco, la pongo ante tus ojos,
y el infinito.

*A Ausiàs March, halconero mayor
de Alfonso el Magnánimo*

IV

Escogiste el silencio de este yermo
donde el cierzo templó mis plumas
y tu ánimo,
para iniciarte en un saber
que no precisa de palabras.
De soledosa luz te llenas,
y hallas tu voz tan desvalida...
Mis alas alcanzan su júbilo
y tus pupilas ofrecen el lance
a la mirada más hermosa.
Pero tan sólo en tu palabra
perdurará mi vuelo.

V

Soltaste el fiador que me unía a tu mano,
y por las sendas del aire voy ciega.
Si en tu presencia anhelaba la altura,
ahora sólo espero
que el viento me traiga tu voz.

A ISABEL DE ESTE GONZAGA

En el aire de la mañana el perfume que tú misma destilas, Isabel,
cuando por las calles de Mantua paseas.

Sobre guante escarlata, blanquísimo gerifalte, traído para ti desde
cielos de Groenlandia, regalo de Lucrecia Borgia, tu cuñada y rival
en hermosura.

Y al evocarte, belleza, amor y voluptuosidad se enlazan. La gracia de
cada pliegue de tu vestido, la armonía de tus pasos, la elegancia con
la que luces tal joya palpitante en tu puño. Y hasta parece que buscas
en el espejo de lo cambiante el vislumbre de la belleza que perdura.

DE CÓMO DELEITAR CON EL SEÑUELO

Devuélvele la luz que le ocultaste,
y verás cómo desde el puño hambre
y mansedumbre vienen al señuelo.

Si al acercarse a él
se asombra y alados gemidos
esparce en el azul,
sabe que no quería más reclamo
que el de los ojos de ella
ni más goce que el de su pecho
brindado en cortesía.

LA GRACIA Y EL DESEO (2003)

COMO SI DE MANZANAS SE TRATASE...

Como si de manzanas se tratase,
así arrojas palabras
para que me detenga a recogerlas,
y ya no sé si quedo prendida de tus labios
o de tu mano, pues tanto me turban
que me desdigo, y es en el apremio
de tu silencio donde ya sin remedio cedo.

LLEGASTE COMO UN ÁNGEL

Llegaste como un ángel.
Busqué en ti una señal
que hablase del deseo,
sin saber que no siempre
es la verdad el fulgor.
El amor era en ti
fragancia muy oculta,
umbral de lo indecible.
Llegaste. Marcharás
con el mismo silencio.

ADELAIDA DE SCHAARBEEK, RECLUIDA EN SU CELDA
DEL MONASTERIO CISTERCIENSE DE MARÍA DE KAMERBOS,
EN BRUSELAS

Apenas tenía siete años, y estas paredes eran ya todo mi mundo.
Pronto supe que el amado no vendría de fuera a buscarme, que el
encuentro sería en lo secreto del corazón. Aquí supe de su
hermosura, de las suaves armas para el cautiverio, de este
deseo que me deja cuando se marcha sin avisar.
Y no me acostumbraba a sus ausencias cuando la lepra hizo
morada en mí. Jamás fui tan hermosa a sus ojos, pues el alma
necesitaba de mi carne para ascender a su perfección.

VIDA NONATA

No sabría decir quién inició
tan amorosa búsqueda,
si el alma o tu cuerpo incipiente.
Mi ser tan sólo supo del encuentro
cuando las alas se incendiaron
ante el umbral de tu carne,
que, traspasada, el alma la cobija.
De pronto, todo el azul se hace en mí.
Y se posan las manos sobre el vientre
excedido en dulzura
que sólo ansía soledad
para pensarse.

SIN CONSUELO

Busqué el anochecer para el encuentro,
cuando es más cierta y oscura la entrega,
pero no hubo temor, como otras veces,
pues toda me ocupabas,
y hasta la sangre supo
que el don excedería a toda pérdida.
Aquí, en lo escondido,
me desprendí primero de lo dulce,
me reservé lo amargo.
Y qué olvidada de mí en la renuncia,
y qué ensalzada eras en mi carne.
Tú me ofreciste amparo de gozo y lágrimas
conforme a mi aflicción. Ahora dejas
que sea yo quien aparte el consuelo.
Sostenme en Tu tiniebla.

LIBRO DE LA SUAVIDAD (2008)

CUMPLÍ CON EL AMOR HASTA EL FINAL

Cumplí con el Amor hasta el final.
En un lecho de luz,
ya mis pies en tus pies están clavados,
las manos en las Tuyas,
latido con latido,
hasta premiar tan pura voluntad
con el beso en tus labios.

DEJO QUE SEAS TÚ QUIEN ME OTORGUE EL POEMA...

Dejo que seas Tú quien me otorgue el poema,
que la palabra fluya
de tu suavidad a mi mano,
sin luchar por llevarme su fulgor,
sin confiar en mí.
Te la pido y ofrezco.
Tan sólo escribiré y me ocultaré,
porque es tu palabra
y harás que no se pierda.

HAS ESCRITO MI NOMBRE...

Has escrito mi nombre
en el árbol del don de las palabras,
cuyas ramas se inclinan en tu elogio.
El árbol que custodia por los siglos
la voz de las mujeres
escogidas por Ti, sin merecerlo,
pues como ellas te amé con un amor
que no era un amor mío.
Y se reconoció mi escritura en la suya,
y hallé consuelo, porque en el tiempo
y en lo más escondido
el mismo Espíritu nos instruía.

ANTES DEL SUEÑO...

Antes del sueño,
de los labios dejo caer
muy lentamente
al corazón
tu nombre.
En lo alto escucho
cómo Te expandes.

QUINTA NOCHE

Sabes cómo vencerme,
Amor que sigues cada paso mío.
¿Cuándo pudo la tierra
escapar de tu cielo?
Y aunque yo no accedí
por temor e ignorancia,
a ser llevada ante Ti, pues la carne
aún señoreaba en el espíritu,
nada detuvo tus ansias de entrega.
Y viniste a mi casa, que es la Tuya,
y de toda la nada me despojas
para cubrir con tu esencia la mía,
hasta dejar mi ser enaltecido.
¿Quién podrá separar
agua ebria de vino transparente
en la copa del gozo?
Mi casa ya no es más casa extraña,
sólo morada última y primera,
y en la carne vencida
no hay tiempo ni dolor,
ni palabra que pueda alejarme de Ti.
Tú, sólo Tú, Amor.

SALIR DE MÍ (2012)

QUIÉN PODRÁ DETENERME...

Quién podrá detenerme,
si hablo siempre de Ti aunque no me pregunten,
si a tu paso he perdido el miedo y la cautela,
y hasta el cuerpo quisiera abandonar
para tenerte al fin,
si tras de Ti me quedé sin deseos.

DE LACRIMAE

A los padres de Clàudia Tasia, in memoriam

Los ángeles no inclinan sus alas a la tierra,
no reposan sus ojos
en el azul que cambia, y así saben
que cuando un alma alcanza su forma más perfecta,
aunque more en el cuerpo de una niña,
regresará a la Luz,
que siempre todo lo explica y colma.
No conocen los ángeles las lágrimas
que por nuestra ceguera conocemos.

ALGUIEN ORA POR MÍ EN ALGÚN LUGAR

Alguien ora por mí en algún lugar.
Alguien que no conoce ni siquiera mi nombre,
que se cruzó conmigo en una calle
o frente a mí permaneció sentado
en un vagón de tren,
leyó un día en mis ojos.
Alguien ora por mí,
Te ofrenda el corazón en su pureza,
con la seguridad de que será escuchado.

HAS SALIDO, BELLEZA, A MI ENCUENTRO

Has salido, Belleza, a mi encuentro.
Si en tiempos te busqué como el halcón
sin descanso, en los vuelos más altos,
ahora junto a mí, tu rostro en estas gentes
que aguardan temblorosas en la fila
el remedio que apacigua la angustia.
Te has dejado alcanzar
en el vuelo encumbrado de lo que nadie estima.
No hay lágrimas de júbilo, Belleza,
que puedan contenerte.

Bibliografía

- Crónicas de altanería* (Seuba ed., 1999; March editor, 2003).
La gracia y el deseo (March editor, 2003).
Libro de la suavidad (Huerga y Fierro, 2008).
Salir de mí (Huerga y Fierro, 2012).

